

agustín cueva

ciencia social e ideologías de clase

1. La práctica científica en general: unidad epistemológica con diversos estatutos sociológicos

La actividad científica, en general, puede definirse como una práctica encauzada a producir un conocimiento objetivo de las leyes que rigen la estructuración y el funcionamiento de determinado campo de la realidad natural o social; en este sentido, posee una especificidad que la vuelve irreductible a cualquier otro tipo de práctica, confiriéndole unidad a pesar de la diferencia del objeto de cada ciencia particular. Es posible afirmar, por consiguiente, que no existe diferencia epistemológica alguna entre las ciencias naturales y las ciencias sociales.

Sin embargo esta unidad epistemológica no implica que los dos grupos de ciencias posean un estatuto sociológico similar, o sea, una idéntica forma de inserción en el todo social. Por el contrario, aquí surgen diferencias substanciales que determinan la marcada e inevitable intervención de las ideologías en el campo teórico de las ciencias sociales, en contraste con lo que ocurre en el terreno, también teórico, de las ciencias naturales. Para entender la diversa evolución histórica de uno y otro conjunto de ciencias en este aspecto, hay pues que comenzar por la recuperación de su heterogéneo estatuto sociológico.

2. El estatuto sociológico de las ciencias naturales

Por definición, las ciencias de la naturaleza están destinadas a

dar cuenta de estructuras y procesos no sociales, pero cuya aprehensión teórica interesa a la sociedad en la medida en que le abre la posibilidad de acrecentar constantemente su dominio sobre la naturaleza. En cuanto instancia de conocimiento, las ciencias naturales están directamente ligadas con el **desarrollo de las fuerzas productivas**, al menos desde que se implantó el primer modo de producción que en estricto rigor involucra un proceso de reproducción ampliada, esto es, el modo de producción específicamente capitalista.

No es un azar que desde entonces las ciencias naturales hayan adquirido un vertiginoso desarrollo y una independencia cada vez mayor con respecto a las formas ideológicas (teología, filosofía especulativa, etcétera.) que secularmente las mantenían supeditadas. Tales formas devinieron una verdadera traba a partir del momento en que las “potencias espirituales” del hombre, descubiertas como facultad de producir conocimientos sistemáticamente aplicables a la transformación de la naturaleza, fueron incorporadas **de manera consciente** al proceso productivo.

Ahora bien, ya que la tarea de dominar la naturaleza no es cuestionada en la actualidad por ningún grupo social significativo (históricamente) y que la naturaleza mal puede, por su parte, oponerse a tal voluntad de dominio, las ciencias que se ocupan de ella gozan de un estatuto social particular que si no las preserva cien por ciento de la lucha ideológica de clases, al menos tiende abiertamente a ello. Por esta razón nadie habla, en el momento presente, de una ciencia burguesa y una ciencia proletaria en el campo de las ciencias naturales.

Resulta legítimo, entonces, señalar que hay un claro proceso de desideologización de este tipo de ciencias, con la sola condición de no confundir la práctica científica propiamente tal con la “filosofía nocturna” de los hombres de ciencia, para usar la expresión de Bachelard. Está claro que las especulaciones idealistas de un biólogo o un físico, por ejemplo, no forman parte de la biología o de la física (con las que guardan una **relación de exterioridad**), sino que tienen que ser ubicadas en el ámbito de la ideología a la que pertenecen.

Igualmente hay que distinguir –siempre en el caso de las ciencias de la naturaleza– entre el proceso de producción de conocimientos, de una parte, y su aplicación y explotación sociales, de otra. La física nuclear, por ejemplo, no es **en su estructura interna** una ciencia de clase por más que las armas atómicas que se fabriquen con su aplicación sean utilizadas para la defensa de determinado sistema social y estén, por lo mismo, al servicio de ciertos intereses de clase.

Aun sin recurrir a ejemplos tan extremos como éste, es fácil señalar que en una sociedad clasista el propio desarrollo de las

fuerzas productivas está supeditado a los intereses de la clase dominante, que **instrumentalizó** las ciencias naturales desde el mismo momento de la instauración del modo de producción específicamente capitalista (que de otra manera no hubiera podido establecer la extracción de plusvalía relativa como eje básico de funcionamiento). Pero no hay que olvidar que las instrumentalizó propiciando su desarrollo como instancias de conocimiento objetivo de la realidad natural y no distorsionando su estructura teórica interna en función de intereses de clase.

Tal instrumentalización no deja de plantear problemas de carácter **ético** a los hombres de ciencia (y no debería dejar de hacerlo), más no porque ello afecte a la naturaleza interna de su ciencia, deformándola en este plano, sino porque sus conocimientos de cierta esfera de la realidad, en virtud de su misma objetividad, son aplicados y explotados con ciertos fines sociales.

Por lo tanto, es lícito hablar de problemas ideológicos (en el sentido más amplio del término) derivados de la aplicación social de las ciencias naturales, pero en rigor no se puede hablar de una intervención de las ideologías en la construcción teórica de dichas ciencias.

3. El estatuto sociológico de las ciencias sociales

Distinto es el caso de las ciencias sociales, dado que ellas, **en su misma construcción teórica**, tienen que dar cuenta de estructuras y procesos sociales y no de estructuras y procesos naturales. Se vinculan, pues, de manera inmediata y directa con la **esfera de las relaciones sociales de producción**, a cuyo mantenimiento o transformación contribuyen por el solo hecho de elaborar tal o cual representación teórica de base.

Aquí ya no se dispone del espacio de "neutralidad" abierto por la existencia de una meta universalmente admitida (necesidad de dominar la naturaleza) y por la unilateralidad del agente, sino que se está en la encrucijada de intereses de clase contrapuestos y en lucha. La relación de dominio del hombre sobre la naturaleza es una relación sin contrincante y, por lo tanto, "apolítica"; las relaciones sociales de producción son, en cambio, intrínsecamente políticas y no pueden dejar de expresarse como tales, incluso en el terreno científico. Por esto, las ideologías intervienen directa y activamente en las ciencias sociales, determinando la construcción de universos teóricos diferentes.

Lo que acabamos de señalar es fácil de comprobar con sólo confrontar un tratado de sociología burguesa con uno de materialismo histórico, que no tienen otra cosa en común que su referencia a un campo vagamente definible como el espacio de "lo

social". Y decimos **campo**, que no **objeto**, en vista de que las divergencias comienzan en el momento mismo de convertir a ese campo en objeto teórico. En efecto, ¿qué hay de común entre los conceptos marxistas de **modo de producción y formación social**, que conforman el objeto de estudio del materialismo histórico, y los conceptos weberianos de "sociedad" y "cultura", por ejemplo?

Recordemos, a título ilustrativo, que ni siquiera la concepción del quehacer científico coincide en el caso de las dos corrientes que acabamos de mencionar. Para Weber, en rigor, no existen leyes que rijan el movimiento histórico en su conjunto, sino únicamente constelaciones individuales de hechos correlacionados entre sí, de modo que desde su perspectiva mal podría definirse a la ciencia social en el sentido en que lo hemos hecho nosotros. En palabras suyas:

Para las ciencias exactas de la naturaleza, las "leyes" son tanto más importantes y valiosas cuanto más general es su validez. Para el conocimiento de los fenómenos históricos a través de sus premisas concretas, las leyes generales son regularmente las más faltas de valor, por ser las más vacías de contenido. Porque cuanto más abarca la validez de un concepto genérico —cuanto mayor es su extensión—, tanto más nos aleja de la riqueza de la realidad, puesto que ha de ser lo más abstracto y pobre de contenido para poder contener el aspecto común del mayor número posible de fenómenos. En el campo de las ciencias de la cultura, el conocimiento de lo general nunca tiene valor por sí mismo. De lo dicho hasta aquí resulta que carece de sentido un estudio "objetivo" de los procesos culturales en el sentido de que el fin ideal del trabajo científico deba consistir en la reducción de la realidad empírica a unas "leyes".¹

Además, Weber no concibe a la sociedad como una totalidad estructurada en la que es posible distinguir lo que objetivamente es esencial y lo que no lo es. Por eso, escribe:

Cuando exigimos del historiador o del sociólogo la premisa elemental de que sepa distinguir entre lo esencial y lo secundario, y que para ello cuente con los "puntos de vista" precisos, únicamente queremos decir que sepa referir —consciente o inconscientemente— los procesos de la realidad a unos "valores culturales" universales y entresacar consecuentemente aquellas conexiones que tengan un significado para nosotros. Y si de continuo se expone la opinión de que tales

¹ Max Weber, **Sobre la teoría de las ciencias sociales**, Barcelona, Ediciones Península, 1971, p. 47.

puntos de vista pueden ser “deducidos de la materia misma”, ello sólo se debe a la ingenua ilusión del especialista, quien no se percata que –desde un principio y en virtud de las ideas de valor con las que ha abordado inconscientemente el tema– de entre la inmensidad absoluta sólo ha destacado un fragmento ínfimo, precisamente aquel cuyo examen le importa.²

Perspectiva teórica que se sitúa exactamente en las antípodas de la teoría materialista en general y del pensamiento de Lenin, para quien:

El materialismo proporciona un criterio completamente objetivo, al destacar las **relaciones de producción** como estructura de la sociedad, y al permitir que se aplique a dichas relaciones el criterio científico general de la repetición, cuya aplicación a la sociología negaban los subjetivistas. Mientras se limitaban a las relaciones sociales ideológicas... no podían advertir la repetición y regularidad en los fenómenos sociales de los diversos países, y su ciencia, en el mejor de los casos, se limitaba a describir tales fenómenos, a recopilar materia prima. El análisis de las relaciones sociales materiales... permitió inmediatamente observar la repetición y la regularidad, y sintetizar los sistemas de los diversos países en un solo concepto fundamental de **formación social**. Esta síntesis fue la única que permitió pasar de la descripción de fenómenos sociales (y de su valoración desde el punto de vista del ideal) a su análisis rigurosamente científico, que subraya, por ejemplo, qué diferencia a un país capitalista de otro y estudia qué tienen en común todos ellos. Por último... esta hipótesis creó, además, por primera vez, la posibilidad de existencia de una sociología **científica**, porque sólo reduciendo las relaciones sociales a las de producción, y estas últimas al nivel de las fuerzas productivas, se obtuvo una base firme para representarse el desarrollo de las formaciones sociales como un proceso histórico natural. Y se sobreentiende que sin tal concepción tampoco puede haber ciencia social. (Los subjetivistas, por ejemplo, reconocen que los fenómenos históricos se rigen por leyes, pero no pudieron ver su evolución como un proceso histórico natural, precisamente por que no iban más allá de las ideas y fines sociales del hombre, y no supieron reducir estas ideas y estos fines a las relaciones sociales materiales.)³

² Max Weber, *op. cit.*, p. 49.

³ V. I. Lenin, **Quiénes son los “amigos del pueblo” y cómo luchan contra los socialdemócratas** Buenos Aires, Editorial Anteo, 1973, pp. 14 y 15.

Escrito en 1894, este texto de Lenin pareciera destinado a refutar punto por punto las tesis weberianas antes citadas (que, sin embargo, datan de 1904).

Además, es bien conocido que Weber, siguiendo a Dilthey, incluso levanta una barrera epistemológica entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del “espíritu” (o de la “cultura”); las primeras, susceptibles de llegar a una verdadera **explicación** de las leyes que rigen la estructura y el funcionamiento de su objeto de estudio; las segundas, limitadas a una **comprensión (verstehen)** de las “conductas significativas” de los agentes sociales.

Desacuerdo de principio sobre lo que ha entenderse por “sociedad”, desacuerdo no menos profundo sobre el concepto de ciencia social, desacuerdo en cuanto al método o métodos de análisis: parece evidente que la unidad de las ciencias sociales no consiste en otra cosa que en su confluencia en un campo común de lucha, en el cual se enfrentan tendencias teóricas antagónicas.

4. El problema de la verificación y sus implicaciones

Y hay un problema más. El científico social no puede, por razones obvias, reproducir a voluntad en un gabinete o laboratorio los fenómenos que estudia. Se encuentra, por lo tanto, imposibilitado de aislar **experimentalmente** lo que es esencial de lo que no lo es, o de demostrar, experimentalmente también, la forma de vinculación de los distintos elementos del todo social. Como observara Marx: “En el análisis de las formas económicas de nada sirven el microscopio y los reactivos químicos. El único medio de que disponemos, en este terreno, es la capacidad de abstracción.”⁴

El científico social procede, pues, como cualquier hombre de ciencia, por abstracciones sucesivas que conducen a la construcción de determinados sistemas teóricos, pero con la diferencia de que la validez o invalidez de los mismos no puede ser verificada mediante la experimentación artificial controlada, sino sólo a través (y “a lo largo”, con todo lo que esto implica) de la experiencia proporcionada por el propio desarrollo histórico.

Ahora bien, esta experiencia dista mucho de presentarse como un “libro abierto”, capaz de revelar de inmediato la adecuación o no adecuación de un sistema teórico con respecto a la realidad. La misma complejidad de toda estructura social dificulta el conocimiento de sus leyes profundas de funcionamiento (“en realidad, toda ciencia estaría de más, si la forma de manifestarse las cosas y la esencia de éstas coincidiese directamente”, decía Marx⁵); y más

⁴ Carlos Marx, **El capital** (“Prólogo a la Primera Edición”), vol. I, México, Fondo de Cultura Económica, 5a. reimpresión, 1972, p. XIII.

⁵ C. Marx, *op. cit.*, vol. III, p. 757.

todavía cuando se trata de estructuras de carácter clasista que están produciendo sin cesar efectos de “mistificación” e incluso de “inversión”:

Ya al estudiar las categorías más simples del régimen capitalista de producción e incluso de la producción de mercancías, las categorías mercancía y dinero, hemos puesto de relieve el fenómeno de mistificación que convierte las relaciones sociales, de las que son exponentes los elementos materiales de la riqueza en la producción, en propiedades de estas mismas cosas (mercancías), llegando incluso a convertir en un objeto (dinero) la misma relación de producción. Todas las formas de sociedad, cualesquiera que ellas sean, al llegar a la producción de mercancías y a la circulación de dinero, incurren en esta inversión. Pero este mundo encantado e invertido se desarrolla todavía más bajo el régimen capitalista de producción y con el capital, que constituye su categoría dominante, su relación determinante de producción.⁶

Por esto, la experiencia susceptible de verificar la validez o invalidez de una teoría científico-social no es una experiencia empírica cualquiera, sino una experiencia práctico política-orgánica, lógicamente apoyada en la ciencia.

El hecho de que las ciencias sociales no puedan recurrir a una verificación experimental similar a la de las ciencias naturales no impide la construcción de una teoría verdaderamente científica de la sociedad, ya que dicho carácter no deriva de tal o cual forma particular de verificación, sino de la capacidad de elaborar conceptos idóneos para la captación de las leyes que rigen el movimiento de la historia. Pero el que no sea posible demostrar experimentalmente lo que es una determinación en última instancia o lo que es una relación dialéctica, por ejemplo, facilita la intromisión ideológica en la construcción de las ciencias sociales. Y decimos **facilita**, y no origina, para dejar claramente sentado que la fuente principal de esta intervención no radica en la estructura de tales ciencias ni arranca de problemas metodológicos supuestamente “irresolubles”, sino que es un efecto de las contradicciones existentes en el seno de determinada formación social.

5. La naturaleza de la intervención ideológica

Las determinaciones sociológicas de la ciencia social, entendidas como determinaciones originadas en una estructura de clases, no constituyen un problema meramente “exterior”; la ideología del

⁶ Marx, *op. cit.*, vol. III, p. 765.

científico social no es, como en el caso del sabio dedicado a las ciencias naturales, una simple "filosofía nocturna". La intervención de las ideologías tampoco se traduce aquí por puras diferencias "valorativas", sino que lleva a la construcción de universos teóricos distintos y, en el límite, antagónicos.

Tomemos un ejemplo. Cuando se trata de analizar la génesis del capitalismo, la diferencia esencial entre los análisis de Marx y los de Max Weber no radica en que el primero aprecie "negativamente" la **acumulación originaria** y el segundo la valore en términos "positivos", cosa que sería totalmente falso afirmar. La diferencia está en que el autor de **La ética protestante y el espíritu del capitalismo** simplemente pasa por alto aquel proceso, desplazando su análisis hacia un elemento "cultural" que aparece como la clave de dicha génesis: nos referimos al concepto weberiano de "racionalización" de todas las pautas del comportamiento humano (hecho general y esencial para el autor), del que la "racionalización" económica (sinónimo absoluto de "capitalismo moderno" en Weber) no sería más que una expresión particular.

No hace falta, pues, que Weber se pronuncie "moralmente" en favor de capitalismo para que haya una **toma de partido**, basta y sobra con aparejar teóricamente los conceptos de "racionalidad" y **capitalismo** y analizar todo el proceso en esa perspectiva. Tampoco es menester que el autor justifique explícitamente al sistema capitalista para hacer la apología del mismo: suficiente con que lo represente como resultado de la austeridad, las privaciones y el comportamiento económicamente "racional" de la burguesía, y no como resultado histórico de un proceso de despojo de los productores directos.

Ejemplo que permite mostrar cómo la intervención de las ideologías en la construcción de las ciencias sociales dista mucho de ser una "adherencia externa", una "filosofía nocturna" o un "juicio de valor", que vendría a añadirse a una representación en sí misma objetiva del universo social, sino que es una intervención que, **según la ideología de que se trate**, distorsiona o no la representación de la estructura y leyes de funcionamiento de la sociedad.

6. El problema de los "valores"

Llegados a este punto, sin embargo, hay que tener mucho cuidado en no confundir el problema de la **intervención de las ideologías de clase** en la construcción de las ciencias sociales con lo que se ha dado en llamar el problema de la ciencia "libre o no de valores". Este último planteamiento, con todo lo progresista que puede ser en determinados contextos, como el de la sociología

norteamericana por ejemplo,⁷ da más cuenta de la crisis ética que afecta a los científicos sociales que del problema de fondo de la ciencia social misma.

Señalemos, en primer término, que es falso que una posición ética progresista asegure por sí sola la producción de conocimientos correctos, o sea, **objetivos**, de la realidad social. Lukács señaló ya, al escribir un prólogo autocrítico de su **Teoría de la novela**, la posibilidad de que se entrelacen en un mismo autor, e incluso en toda una corriente de pensamiento, una "ética de izquierda y una epistemología de derecha".⁸ Se pudiera añadir que tal es el drama de la sociología pequeñoburguesa en la actualidad, perfectamente ilustrable con el ejemplo de la llamada sociología "radical" norteamericana, tanto en sus posiciones todavía liberales cuanto en sus "avances" de ultraizquierda. Esto no quiere decir que no pueda haber en ella juicios acertadamente **críticos** de los efectos del sistema, mas una cosas es percibir éstos y denunciarlos y otra conocer objetivamente la estructura y leyes que determinan su constante producción.

De otra parte, y como ya se vio a través de los citados textos weberianos, la afirmación de que el fundamento último de la ciencia social radica en la adopción de ciertos "valores" no es más que una puerta abierta al subjetivismo. Se quiere decir con ello que la sociedad carece de una estructura objetiva científicamente cognoscible, y que lo único que cabe frente a esta "naturaleza de lo social" son "puntos de vista" distintos, tan válidos unos como otros. Al no existir un "en sí" social, lo único que queda, en esa perspectiva, es la posibilidad de múltiples "para sí", según la "pauta valorativa" que escoja cada investigador.

Por esto, conviene poner en claro que la ciencia social no es una simple **mise en forme** de determinados valores o "pautas culturales", sino una práctica específica en la cual las perspectivas de clase intervienen también de manera específica.

7. La ciencia social burguesa: sus límites estructurales

En lo que a la ciencia social burguesa concierne, es menester precisar que no es una actividad encaminada a la producción de meras imágenes ilusorias de la realidad, a la manera de las religiones, por ejemplo. Está dotada de cierto grado de cientificidad en la medida en que efectivamente produce conocimientos objetivos de determinada índole y sobre parcelas asimismo deter-

⁷ Alvin Gouldner, "El Antiminotauro: el Mito de una Sociología de Valores", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 62, México, UNAM, FCP y S, octubre-diciembre, 1970.

⁸ Cf. el prólogo a *La Théorie du Roman*, Suiza, Editions Gonthier, 1963.

minadas de la realidad social. Por esto la economía o la sociología burguesas poseen una eficacia práctica que va bastante más allá de sus efectos puramente ideológicos, permitiendo una real aplicación de los conocimientos parcelarios que producen. La teoría keynesiana en su momento, como la friedmaniana en la actualidad, suponen una reconstitución conceptual adecuada de múltiples mecanismos de funcionamiento de la economía capitalista, sin lo cual mal podrían servir de guía a determinadas políticas económicas. Y lo mismo podría decirse, aunque con variaciones de grado, de la sociología funcionalista y empirista, de la psicología social burguesa, etcétera. Tan es así, que a partir de ellas pueden llevarse a cabo investigaciones como la del Plan Camelot, por ejemplo, o aplicárselas con relativa eficacia para la manipulación de las masas.

Esto no quiere decir, sin embargo que tales ciencias constituyan un acervo de conocimientos neutros, susceptibles de ser explotados para fines sociopolíticos distintos e inclusive antagónicos, como ocurre en el caso de las ciencias naturales. No. Aunque contengan niveles de conocimiento objetivo como los ya señalados, son ciencias de clase y no otra cosa en la medida en que la ideología burguesa interviene directamente en su construcción, o sea, en su **configuración interna, fijándoles fronteras estructurales** que no pueden ser rebasadas teóricamente en su concepción global de la realidad.

¿De qué frontera se trata y qué efectos produce en el seno de la teoría social?

En términos generales puede afirmarse que tal frontera está constituida por la imposibilidad de revelar el carácter clasista de las sociedades de clase que estudia, límite que impone una serie de distorsiones y coartadas en el funcionamiento global de la teoría, truncando y redefiniendo de este modo los conocimientos parciales que dichas ciencias puedan llegar a producir. Estos mismos conocimientos quedan, así, instrumentalizados y unilateralizados (teóricamente) en razón de la perspectiva de clase que los supedita.

Por eso, la economía burguesa puede analizar múltiples momentos del movimiento objetivo del modo de producción capitalista y por supuesto captar muchos de sus mecanismos y efectos, pero no puede, dada su naturaleza clasista, aprehenderlos como momentos, mecanismos y efectos de una estructura social constituida en torno a la **explotación de una clase por otra**. Esto le impide incluso llegar a definir de manera teóricamente adecuada un concepto tan fundamental como el de **capital**, que en la economía burguesa aparece siempre como sinónimo de un acervo de bienes y no como lo que en realidad es, o sea, como una relación social antagónica que permite que una clase se apropie de la plusvalía producida por otra.

Más aún, el concepto de clase aparece como una categoría ajena a la economía burguesa, que por principio la remite al campo de la "sociología". Y ésta, que gracias al primer **tour de passe** recibe dicho concepto ya amputado de sus fundamentos económicos, se encarga a su turno de desvirtuarlo todavía más, disolviéndolo en un haz de "múltiples variables". Así que la misma división de la ciencia social burguesa en una "economía" y una "sociología" no es ajena a su perspectiva de clase: por un lado, le permite ocultar el hecho de que toda categoría económica es una categoría social; por otro, soslayar la determinación que en última instancia ejerce lo económico sobre los demás niveles del todo social.

Siendo la burguesía la clase propietaria de los medios de producción, su interés material fundamental consiste en la conservación de éstos y, como derivación de ello, su interés ideológico se concentra en la negación de que el núcleo estructurador de toda formación social radica en la distribución de los factores de la producción en términos de propiedad. De ahí que ninguna economía, sociología o ciencia política burguesa esté en capacidad de poner en claro este hecho, demostrar que allí reside el origen material de las clases sociales y que éstas, al conformarse en torno a la división de la sociedad en propietarios y no propietarios de los medios de producción, son entidades antagónicas cuyo conflicto permea todos los niveles del cuerpo social. Así, por ejemplo: "Los economistas (burgueses, A. C.) nos explican cómo se produce en esas relaciones dadas, pero lo que no nos explican es cómo se producen esas relaciones, es decir, el movimiento histórico que las engendra."⁹

Uno puede pasar revista a cualquier tratado de economía o sociología y comprobar que la frontera entre la ciencia social burguesa y el materialismo histórico se ubica, **con absoluta precisión**, en el punto arriba señalado. Más acá de este límite, que constituye su infranqueable límite de clase, la ciencia social burguesa puede presentar desde luego múltiples tendencias y matices: su denominador común no está dado por la repetición indefinida de un discurso literal o argumentalmente idéntico (al contrario, siempre trata de presentarse como una búsqueda novedosa y "creativa"), sino por la no transgresión de la frontera indicada.

6. La ciencia social burguesa en la coyuntura actual

Si la ciencia social no puede dejar de tomar partido frente a las oposiciones de clase vigentes en una formación social determinada (y ya vimos que no toma partido diciendo que está bien que unos

⁹ Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1972, p. 85.

hombres se apropien de los medios de producción para que así puedan expropiar la plusvalía producida por otros, sino ocultando esta estructura de base), es claro que tampoco puede dejar de participar en la oposición que, como corolario de la anterior, se da actualmente entre dos sistemas sociales antagónicos, que son el capitalismo y el socialismo. En este sentido, la situación de la ciencia social burguesa no es la misma hoy que hace un siglo o medio siglo, cuando todavía el capitalismo podía ser analizado en comparación con el modo de producción que lo precedió, es decir, con el sistema feudal, y en esa perspectiva aparecer con rasgos objetivamente progresistas. En 1920 Weber podía aún permitirse el lujo de presentar al capitalismo como el movimiento de racionalización por antonomasia; hoy tal tarea resulta más ardua por decir lo menos, y tanto economistas como sociólogos y politólogos se ven obligados a tomar partido de manera siempre más directa. Un Friedman tendrá que hacerlo abiertamente, recalcando las virtudes de la "libre empresa" y la "economía de mercado", para él sinónimo de "libertad"; un Raymond Aron dedicará casi toda su obra a demostrar que el hecho objetivo esencial de la historia contemporánea radica en el advenimiento de la sociedad "industrial" y que sobre este horizonte irreversible, es cuestión de escoger entre la "democracia" y el "totalitarismo", nombres con los que la ideología burguesa designa al capitalismo y el socialismo.

Lejos de registrar una tendencia al desideologización, las ciencias sociales se hallan ahora más "comprometidas" que nunca en la lucha ideológica. Incluso el refugio en el empirismo se torna cada vez más problemático en un momento en que la presencia de dos sistemas económico-sociales permiten distinguir con absoluta claridad los efectos de cada uno de ellos. Cincuenta años atrás quienquiera podía afirmar, con visos de verosimilitud, que problemas como el de la desocupación o el de la pauperización de las masas son inherentes al curso de cualquiera economía: ¿podría negar alguien, en el presente momento, que estos fenómenos son propios del sistema capitalista, que no del socialista? Indudablemente no. A la ciencia social burguesa no le queda entonces más recurso que el de esconder los límites del sistema que defiende tras la ambigüedad de fórmulas como "crisis de la economía mundial", evitando cautelosamente precisar cuál es la única economía que por sus leyes de funcionamiento puede entrar en crisis y con qué costos sociales; o bien tiene que recurrir al expediente, ya desembozadamente ideológico, de decir que tal es el "precio" que se tiene que pagar fatalmente por el mantenimiento de un sistema de "democracia" y "libertad", en un momento en que, por lo

demás, el sistema tiende a fascistizarse en amplias regiones del mundo por efecto de la propia crisis.¹⁰

9. Materialismo histórico y perspectiva de clase

Hemos señalado ya que la ciencia social no es una simple proyección o **mise en forme** de ciertos "valores", sino que es una actividad específica en la cual las ideologías de clase intervienen de manera específica, fijando, en el caso de la ideología burguesa, una frontera estructural que la ciencia social correspondiente no puede rebasar. Estas reflexiones allanan el camino para una mejor comprensión del nexo que guarda el materialismo histórico con la perspectiva de la clase social con la que está orgánicamente vinculado, es decir, el proletariado.

El materialismo histórico no es, desde luego, una mera proyección de cierta "ética obrera" ni una pura prolongación de los "anhelos" del proletariado, es una ciencia por derecho propio y está regido, consiguientemente, por las normas del quehacer científico en general. Su sistema de categorías es un sistema teórico que permite reproducir la estructura y el movimiento **objetivo** de la realidad histórico-social y no sólo reproducir el "punto de vista" de determinada clase.

Esto no significa, sin embargo, que en el materialismo histórico esté ausente una perspectiva clasista. Por el contrario, la perspectiva del proletariado está presente desde el momento mismo de la construcción de la ciencia social marxista y, luego, en todo su desarrollo posterior, como permanente **condición social de producción** y aplicación correcta de la teoría.

¿Qué alcance tiene esta afirmación?

No quiere decir, por supuesto, que tal perspectiva secrete automáticamente conocimientos de tipo científico ni, menos todavía, que ellos broten por generación espontánea de la conciencia psicológica de los obreros. Lenin fue claro sobre este punto el señalar, en su obra **¿Qué hacer?**, que librada a su sola espontaneidad y sin el concurso de la ciencia social marxista, la clase obrera no puede ir más allá del "tradeunionismo", o sea, del economicismo. Recalcó con ello la autonomía del materialismo histórico como práctica científica.

Lo que se quiere significar, entonces, es que sólo a condición de colocarse en la perspectiva de los intereses históricos del proleta-

¹⁰ De ningún modo constituye un azar el actual "floreCIMIENTO" simultáneo del facismo y otras formas de autoritarismo burgués, en el plano real, y de la retórica "en pro de los derechos humanos", en el plano ideológico; esta última es la "brisa" con que los países imperialistas tratan de descongestionar el "clima" de las áreas "periféricas"

riado, es posible estar **en situación de producir un conocimiento objetivo de la realidad social, siempre que se cumpla, a partir de esta situación, con los requisitos específicos de la práctica científica correspondiente.** En términos metafóricos podría decirse que la perspectiva de clase desbroza el terreno sobre el cual se levantará una construcción científica.

Si la intervención de la ideología burguesa en la construcción de la ciencia social se manifiesta por el establecimiento de una frontera estructural como la que se analizó, la intervención de la perspectiva proletaria se caracteriza, en cambio, por el levantamiento de esta barrera; la intervención de la ideología de clase no constituye, en este caso, un elemento obstructor, sino que es más bien el factor encargado de abrir un campo de visibilidad en el que la ciencia social puede desarrollar toda su objetividad.

Por lo demás, el mismo concepto de ideología del proletariado tiene que ser entendido de manera histórica y dialéctica, es decir, no como una “esencia” dada de una vez para siempre, sino como una representación del mundo en permanente desarrollo y susceptible de ir incorporando, cada vez con mayor profundidad, los elementos de conocimiento que el materialismo histórico le aporta.

10. “Ciencia” e “ideología”: una antinomia abstracta

A lo largo de esta exposición hemos evitado tratar la antinomia “ciencia”-“ideología” de manera abstracta e indeterminada por considerar que, planteada como tal, es simplemente falsa. De hecho, la “ideología” a secas no existe históricamente —o al menos no en el momento actual—, puesto que las ideologías enfrentadas en la ciencia social y fuera de ella son ideologías de clase. Sólo ubicándolas en este plano es posible, por lo demás, captar sus efectos diferenciales en el terreno del quehacer científico social, cuyo desarrollo no se ve limitado o impulsado por la intervención de la “ideología” sin más calificativo, sino que se despliega en el ámbito demarcado por cada perspectiva de clase, que restringe o amplía las posibilidades de objetividad en función de los intereses materiales expresados en cada ideología.